



Los primeros días, después de la firma del alto el fuego, fueron festivos en esta zona «liberada»: se celebraba el Tet, nuevo Año Lunar, pero también la paz recién conquistada.

LAS DOS PACES DEL VIETNAM

PARA quienes durante años seguimos la guerra americana en Vietnam, después de haber cubierto, en algunos casos, la que en la misma región libraron los franceses, hablar de la «otra parte» era casi como referirse a un mito inaccesible. Mientras que comer con la señora Nguyen Thi Binh en Verrières-le-Buisson resultaba muy fácil, nada más complicado que compartir en una aldea de la zona «liberada» los alimentos (nem, pollo, sopa, arroz) de los combatientes del Frente a la sombra de la bandera azul y roja marcada con la estrella de oro.

Pero he aquí que a partir del alto el fuego y a pesar de la continuación de los combates, ha sido por fin posible tomar contacto con esa otra realidad vietnamita; lo peor de todo, por el peligro que entraña, es tener que franquear en descubierta un pequeño dique que comienza en la carretera número 4, entre Saigón y el delta: el mismo día en que yo lo atravesé, dos compañeros de la ORTF se vieron obligados a retroceder ante el fuego de los soldados de

Saigón. Tras el dique, un pequeño pueblo fronterizo, un niño que nos sirve de guía, dos ríos que hay que atravesar montados en troncos de árbol y ya hemos llegado.

Primera sorpresa: detrás de la sencilla cortina de buganvillas y arecas —por encima de la cual distinguimos vagamente desde la carretera las banderas «hoa binh» (de la paz) azules, con una paloma blanca estampada en su centro—, todo el pueblo de Nhi Que, ochenta y cinco kilómetros al Sudoeste de Saigón, se halla en estado de alerta. Según nos cuentan los compañeros que nos precedieron, los primeros días fueron festivos en esta zona «liberada»: se celebraba el Tet, nuevo Año Lunar, pero también la paz recién conquistada.

Hoy, sin embargo, las granadas de los morteros saigoneses

caen a varios centenares de metros. Y los soldados de la Séptima División sudvietnamita progresan hacia esta aldea. Por eso, los guerrilleros, morral a la espalda, armados con «AK-47» o

«M-16» americanos, nos invitan a seguirlos «un poco más lejos». Atravesamos más riachuelos utilizando frágiles pasarelas. A la puerta de una gran choza de paja nos esperan el responsable político, su ayudante, ambos muy jóvenes, y un viejo campesino que es el vicepresidente del «comité administrativo». Heme convertido en un «delegado» de la prensa internacional. Y de los altos mandos del distrito han llegado órdenes en el sentido de que debe dárse nos una cálida bienvenida a mí y a mis compañeros.

En medio de una nube de niños

iniciamos nuestra conversación. En unas pocas horas aprenderé más sobre esta guerra que acaba y esta paz que se busca ansiosamente, que en largos meses de estancia en Saigón, interrumpidos por visitas a las sedes del partido comunista sudvietnamita, a los «consejeros» americanos y a los jefes de provincia y distrito de Nguyen Van Thieu.

Esta reunión me recuerda especialmente otras a las que asistí en las comunas populares de la China Popular. Con la excepción únicamente de que ésta se desarrolla en medio del estruendo de la artillería y los aviones que bombardean con «napalm» (de esto me enteraría después) la aldea vecina, en medio del cacareo de las gallinas, los gruñidos de los cerdos y las locas risas ahogadas de los niños. Ni rastro de xenofobia, más bien todo lo contrario: uno siente entre los guerrilleros la intensa satisfacción de poder por fin salir a la luz del día y explicarse ante los extranjeros, quienes hasta entonces habían tenido que contentarse con la versión que de ellos les daba Van

BERNARD ULLMAN

VIETNAM

Thieu. Un cineasta del Ejército Popular de Liberación, procedente del Estado Mayor de la región, filma esta memorable escena.

Los mandos responden sin el mínimo titubeo a todas mis preguntas. No hay duda de que conocen perfectamente la línea del partido, pero aún mejor los problemas locales; de ahí la impresión de coherencia que dan siempre sus respuestas. Jamás ha encontrado mejor ilustración que aquí la célebre fórmula de Mao, según la cual el guerrillero debe vivir «como un pez en el agua». Con sus cinco mil habitantes, Nhi Que es un pueblo como los otros, me informan mis interlocutores. Estos se excusan de la modestia de su experiencia y expresan sus deseos de que yo pueda entrevistarme con cuadros de un nivel superior. Pero los aproximadamente cien milicianos armados, medio combatientes medio granjeros, que se encuentran actualmente en Nhi Que, son todos ellos hijos del país. En Vietnam del Sur, donde, a causa de las migraciones impuestas por la guerra, se apiñan en las ciudades y especialmente en ese hervidero que es Saigón centenares de miles de refugiados, las estructuras sociales han resultado profundamente trastornadas, y, al parecer, sólo en las zonas «liberadas» se conservan las tradiciones rurales.

Un «ministerio» en miniatura

Este pueblo ha dado al Ejército Popular de Liberación desde 1965, es decir, desde el comienzo de la guerra a gran escala, quinientos setenta voluntarios, de los que han caído en la guerra «más de un centenar». Al mismo tiempo, trescientos setenta y ocho aldeanos fueron llamados a filas por el Ejército de Saigón (estas cifras nos las comunica el cuadro militar), y de ellos han muerto doscientos. Por último, otros ciento noventa y tres han sido detenidos por las autoridades gubernamentales.

En casa de la mujer de uno de estos hombres se ha preparado la comida extraordinaria (pollo, nuoc man, nem, arroz, sopa). Hace tres meses, por vez primera en cuatro años, la mujer recibió, a través de un pariente que habita en la aldea vecina de My Tho (donde se recibe correo), una carta de su marido. Este se encontraba en la isla de Con Son, el antiguo presidio de Paulo-Condor, heredado de los franceses. El único «liberado» del pueblo, al que las autoridades de Vietnam del Sur pusieron en libertad con ocasión del Tet, fue muerto, según me dicen, al día siguiente de su regreso por soldados saigoneses

ses que habían llegado al pueblo a «requisar» arroz y volatería.

La aldea está administrada por un auténtico «ministerio» en miniatura. El comité administrativo de trece personas, es elegido por los habitantes, algunos de los cuales, que habitan en las zonas gubernamentales, han vuelto sólo para poder votar. Bajo la autoridad del presidente y del vicepresidente se reparten las «carteras»: seguridad y defensa, agricultura, educación, higiene (estos últimos son confiados a mujeres), etcétera. En los pueblos «saigoneses» de la misma importancia, por el contrario, sólo los jefes de aldea y el comandante de la fuerza de autodefensa, designados a ambos por el jefe provincial, imponen las directrices que llegan de arriba. Aquí todos los adultos parecen politizados. La supervivencia así lo exige en una zona permanentemente contestada como es ésta.

Una pregunta absurda

El adjunto del responsable militar es un típico representante de esa generación de jóvenes cuadros formados por el Frente.

Tiene veinticinco años, pero representa algunos menos; camisa blanca, pantalón gris, es el intelectual del lugar. Se llama Le Van Hai. Procede de una familia de «campesinos pobres» (exactamente la terminología china). Pero como era el hijo mayor y único varón, sus padres se sacrificaron para enviarle al colegio de la ciudad vecina de My Tho, donde estudió hasta el cuarto año del ciclo medio.

Volvió al pueblo en 1964, en la época en que el FNL comenzaba a ganar adeptos entre los campesinos, y entonces comprendió, según él mismo confiesa, que sólo el socialismo podía salvar al pueblo vietnamita del imperialismo americano. Desde entonces ha combatido siempre en la misma región, y su mayor ambición es llegar a ser admitido dentro del partido comunista.

¿Crean hoy Le Van Hai y sus camaradas en la paz, una paz que las explosiones cada vez más próximas de la artillería gubernamental parecen poner en constante peligro? La respuesta es de una perfecta ortodoxia: «No creemos que el ministro de Asuntos Exteriores de un gran país como los Estados Unidos pueda renunciar a sus compromisos». Pero Le Van

Hai reconoce que a «muchos cuadros» les ha costado resignarse al mantenimiento en el poder de Thieu. «Es una concesión que evitará nuevos derramamientos de sangre, pero que no compromete gravemente el porvenir, puesto que Thieu no puede ganar las elecciones». Insisto: «Pero, ¿y si a pesar de todo las ganase legítimamente, dentro del marco de los acuerdos de París?». Dudas. Mi pregunta es absurda, me contesta. «Pues si Thieu ganase, las elecciones habrían sido fraudulentas, y sería preciso tomar otra vez las armas para imponer unas elecciones honradas».

«Hondas» a millares

Un pequeño hecho, entre otros muchos, ilustra el foso que se ha abierto a lo largo de los años entre las zonas «liberadas» y las «gubernamentales»: en esta aldea de Nhi Que sólo existe un estado civil, el del Frente. Nacimientos, matrimonios y muertes quedan inscritos en los registros del FNL —hoy del GRP—, y la gente sólo va a Saigón para comprar tejidos (cuya venta está severamente reglamentada desde hace algunas

Grupo de prisioneros norvietnamitas liberados por el Sur, en los intercambios establecidos tras el acuerdo de paz.

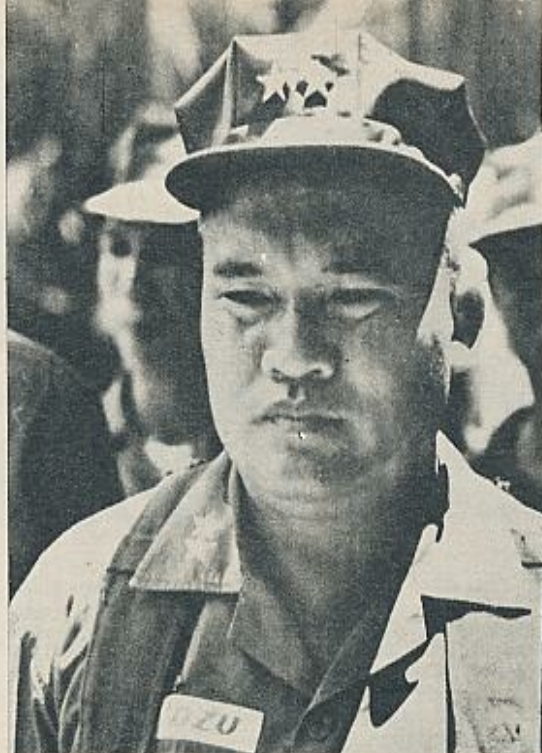


semanas, pues el Régimen sudvietnamita teme que la gente pueda teñirlos con los colores «subversivos»), productos farmacéuticos (igualmente controlados) y diversos artículos de primera necesidad. Pero el estado civil, la educación, la Medicina, la información y, evidentemente, la vida pública se desarrollan totalmente en el interior de ese universo paralelo que se ha desarrollado a lo largo de diez años, en algunos casos, como pasa con Nhi Que, a menos de un kilómetro de lo que un francés que ha conocido la ocupación llamaría «la línea de demarcación».

Los cuadros, los niños, toda la población de la aldea me escoltan hasta el límite, enarbolando sus banderas, coreando la frase «Hoa binh muon nam!» («¡Viva la paz!»), sin preocuparse de los soldados, cuyas ametralladoras pesadas se dejan oír con una proximidad cada vez más amenazadora. En el límite extremo, junto a la última arbolada, mis acompañantes se agrupan y se despiden agitando la mano... Tengo la impresión de volver a atravesar, en sentido inverso esta vez, el espejo de «Alicia en el País de las Maravillas». Encuentro otra vez la carretera engalanada de banderas amarillas con franjas rojas de la República de Vietnam, con los tanques, los coches blindados y demás material entregado por los americanos a sus aliados sudvietnamitas.

Esta vez la sorpresa nos la proporciona Saigón, con sus miles de «Hondas» ruidosos y contaminantes, con sus mendigos, sus prostitutas y las arengas diarias del coronel Hien, que no se cansa de hablar de violaciones del alto el fuego «por iniciativa comunista».

En Saigón sorprendió el contraste entre los representantes militares de Vietnam del Norte y los del GRP con motivo de su primera aparición oficial, el día 4 de febrero, en la residencia de la delegación canadiense. El primero, el general Le Quang Hoa, alto, fornido, viva imagen del oficial clásico, con su uniforme verde oliva y sus charreteras estilo ruso. A su lado, el general Tran Van Tra, pequeño, la cabeza cubierta por un casco colonial marcado con la estrella del Frente, pero sin insignia alguna que indique su graduación. Tran Van Tra se sentía visiblemente como en casa. Sonriente, saludando con la mano, el general regresaba con todos los honores a esta ciudad cuyos suburbios había recorrido durante la ofensiva del Tet de 1968, a esta ciudad a la que había amenazado con sus tropas durante la ofensiva de la primavera pasada, cuando llegó hasta



El general Ngo Dzu, que fue desposeído de su mando del Centro-Annam durante la ofensiva norvietnamita.

un centenar de kilómetros de distancia por la carretera número 13. Sentado junto a ellos en el canapé, pálido y taciturno, el corpulento general Ngo Dzu, desposeído por Thieu de su mando del Centro-Annam durante la ofensiva adversa, y que no parecía satisfecho de la celebración de estas reuniones.

Hasta ahora, periodistas y diplomáticos destacados en Saigón se han esforzado en vano en descubrir matices entre la actitud de los norvietnamitas y la de la gente del Frente.

«Llevan éstos mucho tiempo luchando juntos contra los mismos enemigos, compartiendo los mismos peligros. Además, al nivel de los Estados Mayores tanto militares como políticos —y lo mismo en Hanoi que en Saigón, y en el GRP—, los nativos del Norte y del Sur están entremezclados. Ngo Dzu, por ejemplo, como tantos otros generales «sudvietnamitas», es originario de Hanoi.

La apuesta de Thieu

Tal vez habrá un día tres Vietnam: el del Norte, el del Frente y el de Saigón. Por ahora sólo hay dos: uno que se extiende de modo casi continuo desde la frontera china hasta las regiones de An Loc y de Tay Ninh (excluyendo a todas las capitales provinciales del Sur), a lo largo de las fronteras laosiana y camboyana, con grandes enclaves a lo largo de la costa, en el Delta y en la punta de Ca Mau, en el extremo Sur; el otro, el de las ciudades y de ciertas regiones «pacificadas» a muy alto precio (para las víctimas de los bombardeos americanos y de los rastreos americano-saigoneses): en total, un tercio del territorio a lo sumo. En este alto el fuego sobre el terreno está

claro en todo caso que las fuerzas populares tienen en su poder la piel del leopardo, mientras que al Gobierno sólo le quedan sus manchas. Situación tanto más peligrosa, desde el punto de vista de Saigón, cuanto que Thieu, como si presintiese lo que iba a suceder, había calificado en 1970 la fórmula de la piel de leopardo de «suicidio nacional».

En estas circunstancias, ¿cuál va a ser la actitud de Thieu? Desde el alto el fuego, éste se ha comportado como si estuviese convencido a la vez de la impotencia congénita de las comisiones internacionales (y sobre este punto, los precedentes de los acuerdos de Ginebra parecen darle la razón) y del mantenimiento del apoyo americano.

Es ciertamente incapaz de cambiar de tono. Entre el Thieu apocalíptico del día del alto el fuego, que invitaba a sus compatriotas a «matar sin miramientos a los comunistas» tan pronto como saliesen de sus escondites, y el Thieu pacificador del Tet, que en la noche del 1 al 2 de febrero, vestido de mandarín y tocado de negro, hablaba de la necesidad de encontrar cuanto antes una solución así como de instalar en el más breve plazo posible a la comisión nacional de reconciliación, la diferencia es sensible. Pero si ahora habla en estos términos, me decía uno de sus adversarios políticos, es porque está seguro de que las negociaciones políticas con el GRP van a empantanarse, y sabe que si se reanudan las hostilidades a gran escala, los americanos acudirán en su apoyo con las Fuerzas Aéreas destacadas en Tailandia así como con la VII Flota.

Además, en el plano político, los acuerdos son para él poco vinculantes, y le permiten un amplio margen de maniobra, del que no dejaría, llegado el caso, de beneficiarse. No es ningún secre-

to que Thieu aspira a unas elecciones presidenciales organizadas tan «eficazmente» como las de octubre de 1971, cuando consiguió eliminar a todos sus competidores. La propuesta de Hanoi y el GRP —elecciones para una Asamblea Constituyente— supone la eliminación automática de Thieu y su Régimen, lo que el Presidente no está dispuesto a aceptar hoy por hoy. En cuanto al Consejo Nacional de Reconciliación, la elección del «tercer componente» provocará ásperas polémicas, y los noventa días previstos para el acuerdo en cuestión, plazo deseable, no imperativo, podrían resultar ampliamente superados.

Sesenta mil rehenes

En definitiva, Thieu tiene dos triunfos en su mano: uno, relativamente frágil, a pesar de las tragedias humanas que implica: la presencia de un mínimo de sesenta mil prisioneros políticos en las cárceles de Chi Hoa, de Thu Duc y de Bien Hoa, y especialmente en el campamento de Con Son, célebre por sus «jaulas de tigre». También en este punto los negociadores norvietnamitas y americanos han encomendado a «las dos partes sudvietnamitas» la tarea de solucionar entre ellos el problema en cuestión. Hasta ahora, Thieu ha liberado a un número determinado de «convertidos», mientras que en los días anteriores al alto el fuego, cientos de detenidos políticos fueron sumariamente condenados a largas penas de reclusión por «crímenes de Derecho común». La mayor arbitrariedad parece reinar efectivamente en este terreno. Sin embargo, es poco probable que el GRP se haga demasiadas ilusiones al respecto.

Por si fuera poco, los medios militares y policíacos del Gobierno de Saigón no son en absoluto despreciables: aproximadamente trescientos mil hombres, cuya desmovilización parece hoy por hoy lejana; la más importante Fuerza Aérea del Sudeste asiático, una Policía omnipresente y cuyos principales responsables pertenecen al Ejército.

¿Puede confiar Thieu en su lealtad? Es esta la pregunta que todos se hacen en Saigón. Su respuesta depende, en mi opinión, de un solo factor: mientras Thieu y su Régimen tengan asegurado, como parecen tenerlo ahora, el apoyo americano, no «vacilarán». El día en que Washington se desentienda realmente de la suerte de su protegido, las cosas pueden cambiar rápidamente. ■ B. U.